

## Libros

## • POESÍA

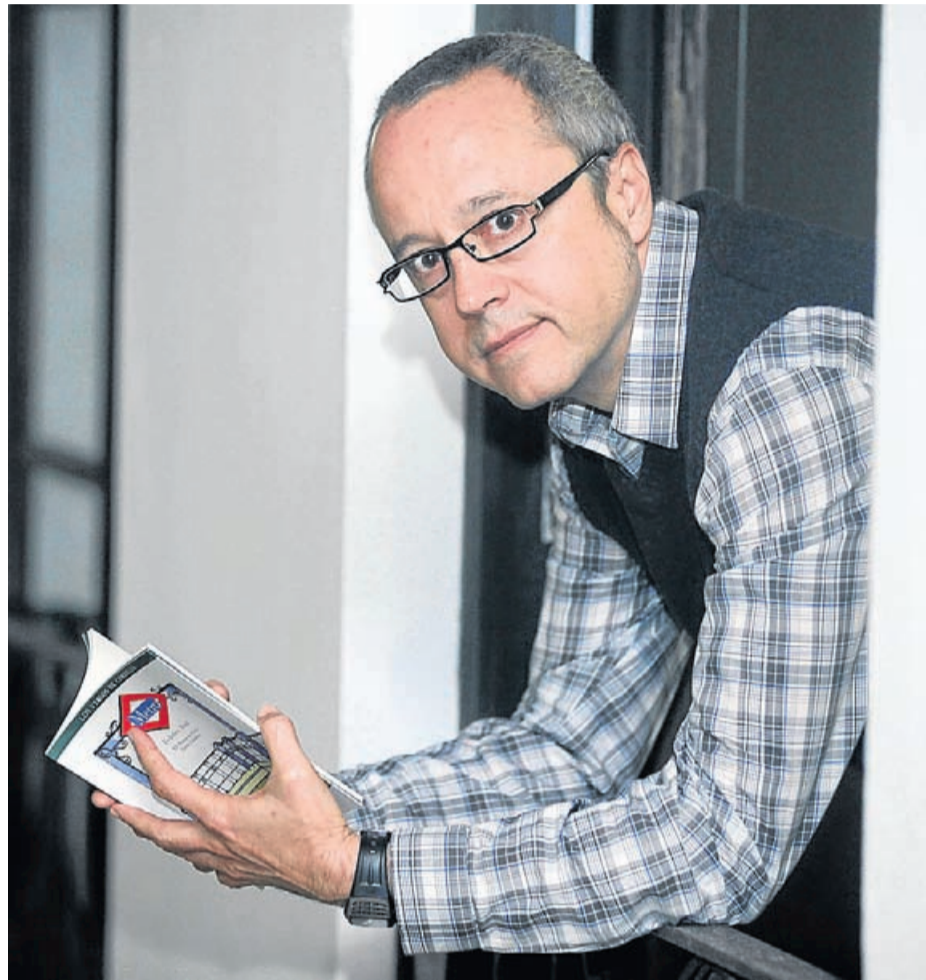
# Un soplo de aire fresco

Federico Abad rompe con años de silencio publicando 'Metro'

Antonio Luis Ginés

Conviene apreciar, cuando la maceración ha sido lenta, concienzuda, y se ha ido forjando con trabajo y cuidado, un libro sin veleidades ni poses para la ocasión. Puede este ser el caso de Federico Abad, que tras bastantes años de silencio poético, nos trae *Metro*, libro que le ha valido el XIV Premio de Poesía Eladio Cabañero. Ante todo el riesgo no solo se corre con lo temático, sino también con lo estético, con el uso y manejo de unas constantes métricas, la clásica, sobre todo en estos tiempos. Abad traza un itinerario del que nos costará bajarnos, no es el virtuosismo del manejo en la técnica lo que hace que los poemas tengan peso, sino la forma de tratarlos, con ese humor irónico, que en no pocas ocasiones provoca cierto distanciamiento.

Un soplo de aire fresco, alentador, en el tono alegre, desenfadado, coloquial por momentos, que el autor imprime dentro de unas estructuras clásicas, que en ningún momento entendemos como un corsé rígido. La propuesta es esta especie de juego ¿temporal?, con cierta estructura circular, una circularidad entre las estaciones que potencia la sensación de movimiento, ese desplazarse continuo, llegar para partir de inmediato. Sin embargo, se detecta cómo los poemas ganan peso –no solo en la estructura física o formal– con el paso de las páginas, como empieza con los más “ligeros” y luego va creciendo la intensidad y extensión de los mismos, hasta



Federico Abad.

cerrar dicho círculo, y tras el momento más álgido, con un poema que vuelve con esos primeros aires. Si buscáramos un eje central sobre el que girase este li-

bro, podría ser ese trasiego, ese ir y venir por los andenes de la memoria, con ritmo medido y que suena natural, pero sobre todo es el tono desenfadado, jo-

vial, el que permite que dicho trasiego sea de lo más llevadero, cercano a la hora de compartir ciertas vivencias, lo cual propicia aún más la proximidad con el lector. No hay falsos protagonismos del yo, una distancia amable hace que podamos sentir cierta complicidad sin tener que proyectarnos –identificarnos– con la voz protagonista.

En esta travesía por este ejercicio de lo formal, hay un fondo, un contenido, que igual nos invita a una sonrisa, a lo meditativo sobre la existencia o a la pura sorpresa en forma de requiebro, pero sobre todo fluye, de manera pausada y alegre, el sentir de esa voz que nos transmite sus alegrías, sus certezas, sus dudas, ilusiones, etc., estableciéndose, en no pocos instantes, una especie de equilibrio entre el anhelo y la realidad, y es a medio a camino entre ambas cuando surge la sugerencia, ese espacio proclive a que lo poético cobre más fuerza, otro sentido: “El tiempo que pasó nos lo pasamos / buscando el talismán de la ilusión, / y al fin se confirmó la costumbre: / que el amor se refugia en la costumbre”. Vale la pena hacerse con este libro porque Abad

muestra una voz que no cansa en su tono, en su música, y tiene que ofrecer más que la simple arquitectura de los versos.

**'Metro'. Autor: Federico Abad. Edita: Reino de Cordelia. Madrid, 2011.**



## • LA RAYA

## Homenaje a Rulfo en Guanajuato



Medardo Fraile

En los cerros, el paseo de la Presa bordea el hotel con trazas de haber sido convento, que baja escalones y allana terrazas por la ladera, hasta dejar ventanas y balconillos frente a la Sierra Madre del Sur. Guanajuato está al fondo y, a lo lejos, se le ve trepar por la sierra donde se asienta la mina valenciana con su iglesia de San Cayetano.

La ciudad no tiene desperdicio; hasta se encuentra uno con obras de conocidos de ayer, como Gregorio Prieto, Vaqueiro Turcios o Álvaro Delgado en su museo iconográfico del Quijote. Guanajuato sigue hablando en plata y eso quiere decir que allí no se oculta ni la riqueza ni la alegría de vivir codeándose con la pobreza, ni la historia o el arte, ni el gobierno o desgobierno de los caciques o el mundo. Al turista le va rindiendo el sol, le fatigan las cues-

tas y el jolgorio de las terrazas y de los estudiantes, el dispar y musical bullicio callejero, el aroma denso y exótico de los jardines, el campaneo loco de las torres y, en un taxi, emprende el regreso hacia el hotel por oquedades misteriosas que fueron antes galerías de minas.

La estampa tan española de la tuna envuelve en el hotel a muchachas uruguayas, chilenas y argentinas en su versión de *La Macarena* y estimula los sorbos nostálgicos de un nutrido grupo de turistas con sus canciones estudiantiles de amores, novias y besos.

Pero el gran *show* lo va preparando la naturaleza con las primeras sombras sin que lo sospechemos, cuando la Sierra Madre nos parece una manada de bisontes hostiles y las luces piloto en los pasillos del hotel pregonan con aprensión las horas largas

de la noche y solo oímos el goteo del agua en las piscinas, pasos lejanos y el golpe intempestivo de alguna puerta.

En el silencio se va alzando una brisa que pronto araña y estremece las contraventanas del balconcillo y se transforma en viento ululante que va y viene en ráfagas temibles de fantasmas y arrasa de miedos la ciudad por sus callejones y rendijas y, cuando los ladridos de un perro se enfrentan con él, un horizonte de canes “ladra muy lejos del río”. Pero ese viento de espectros y esos perros videntes y enloquecidos no son de Lorca, sino de Rulfo. Es el viento que agarra las cosas “como si las mordiera”, el de “Luvina”, el que “rasca como si tuviera uñas” y embiste y nos acorrala hora tras hora. Y esos perros no son los inocentes vagabundos post-coloniales que morían bajo el chuzo del se-

reno para que éste pudiera cobrar de la Diputación un real por cada víctima, según nos cuenta en *Los bandidos de río frío* Manuel Payno. No. Son los perros que olisquean la muerte en el vendaval, los que anunciaban la proximidad del pueblo al viejo derrengado que lleva a cuestras a su hijo herido, agonizante, en el cuento único de Rulfo *No oyes ladrar los perros*.

Como Chéjov no solo es Rostov, sino Rusia, Rulfo no solo es Jalisco, sino México. En noches así, México proclama la autenticidad de su arte, porque –escribe Monterroso– “hay un fantasma que recorre la obra entera de Rulfo en forma de viento, polvo, desolación y tristeza.”

Mientras el viento y los perros encabanaban el sueño de los turistas, yo compartía con emoción el cumplido homenaje de Guanajuato al gran cuentista de México.